
EVELYN:
LA REVANCHA



Fue como un impulso incontrolable. Le había costado mucho llegar a la alcaldía esa mañana, debido a que la mayoría de los semáforos de la comuna no funcionaban. Tenían sus focos rotos y los vidrios destrozados, generando un verdadero caos a la hora en que miles de autos, micros y transportes escolares intentaban conducir a sus ocupantes para llegar a tiempo a sus destinos. Se paró del sillón rojo de felpa del amplio salón en que estaba su despacho, y salió raudamente hacia una oficina ubicada en el edificio de la Dirección de Tránsito, desde donde sacó un pito, un chaleco reflectante amarillo y un bastón con luces intermitentes, y se dirigió a la calle dando pasos agigantados, seguida de dos de sus colaboradores, quienes se miraban extrañados, pero no se atrevían a hacer preguntas. Llegó a la esquina de Eliodoro Yáñez con Pedro de Valdivia en el momento que varios autos bloqueaban el cruce, entre bocinazos e insultos cruzados, y se paró en medio de la intersección de ambas avenidas. Comenzó a dirigir el tránsito ante la mirada atónita de todo el mundo.

La noche previa no había podido dormir en casi toda la noche por la rabia e impotencia que le estaban causando los hechos de vandalismo que siguieron a las masivas demostraciones de descontento ciudadano con que se inició, de manera repentina, el movimiento que primero se denominó estallido social, y que, con los años, fue quedando en la memoria colectiva como un momento de violencia de unos pocos que fue utilizado por vándalos, saqueadores y delincuentes. Como en un cuento kafkiano, las personas perecieron ir olvidando, para siempre, las marchas que congregaron a millones de personas en plazas y calles, y que coparon la Alameda el 24 de octubre de 2019. Ya nadie podía recordar cuando el presidente había señalado que le habría gustado sumarse a la concentración más grande de la historia del país, que observó por horas desde una ventana de La Moneda. Tampoco nadie recordaba cuando el principal empresario del país afirmó, a través de su X, antes Twitter, que le parecía legítimo que los chilenos se hubieran cansado de la desigualdad y la injusticia, comprometiéndose a que ninguno de los

miles de empleados que trabajaban para él ganaría menos de 500 000 pesos. Las personas solo recordaban una parte de la historia, bautizada como “octubrismo”, algunos años después. Pero había olvidado todo el resto.

Ahora, en un par de minutos tenía ordenado el tránsito, entre algunas pifias y aplausos espontáneos de las personas que se aglomeraban en un paradero y algunos automovilistas que, al reconocerla, le hacían señas y levantaban o bajaban sus manos en señal de agradecimiento o molestia. Luego de un rato, al lugar empezaban a llegar distintos móviles y equipos de prensa alertados por su jefa de comunicaciones y anónimos que subían a redes sociales lo que estaba haciendo la alcaldesa.

De pronto, varios noteros de radios y de matinales de TV rodearon a la alcaldesa para sacarle alguna declaración en directo. Pero Evelyn no estaba para entrevistas en ese momento y, sorprendiendo a todos, empezó a correr hacia la municipalidad a gran velocidad para los sesenta y cinco años que tenía. Aunque los periodistas que la perseguían eran muchísimo más jóvenes que ella, no pudieron alcanzarla en las dos cuadras que corrió, como si fuera *Forrest Gump*.

La alcaldesa llegó rauda al palacio Falabella, custodiada por un agotado guardia de seguridad municipal que había logrado darle caza recién en la entrada y que apenas podía manejar la respiración. En la puerta, se dio vuelta y, mirando con una leve sonrisa al periodista que la apuntaba con su micrófono, le dijo:

—No hace mal un poco de ejercicio. —Y entró al edificio subiendo la empinada escalera y dando un portazo, para luego refugiarse en su oficina.

La noticia estaba ya en todos los canales que a esa hora realizaban una especie de mix entre la información del estallido, que ya cumplía once días, y las noticias del mundo de la farándula. A los pocos minutos, las redes sociales se llenaban de memes en que Evelyn, con su vistoso chaleco reflectante, corría en medio del patio de los cañones de La Moneda, en una pista de atletismo o en una

playa muy concurrida. Su loca carrera se había vuelto viral, algo que no solo se tomaría con mucho humor, sino que, además, estaba segura que le ayudaría en el objetivo de posicionarse como alguien que imponía su autoridad, en un momento en que el Gobierno parecía estar confundido y sobrepasado por las movilizaciones ciudadanas.

—También te proyectas como alguien ágil y deportista, pese a tu edad —le diría esa noche uno de sus hijos.

Algo seria, ella respondió:

—No es necesaria tanta franqueza, amor.

—Te confieso que es una de las cosas más divertidas que me ha pasado, todavía cuando me acuerdo me da mucha risa —dijo Evelyn sentada en el living de su casa y mirando con una amplia sonrisa a uno de los periodistas que había intentado entrevistarla aquella mañana de octubre, varios años antes, y que ahora dirigía su equipo de comunicaciones con el que la alcaldesa enfrentaría la primaria presidencial de su sector.

—Por eso es que te propongo que usemos ese momento como parte del tono y estilo que le queremos dar a la campaña —respondió con complicidad el profesional.

Solo una semana antes se había sorprendido cuando la alcaldesa lo llamó personalmente y le dijo al finalizar la conversación: “Bueno, ya sabes que yo voy corriendo siempre adelante, espero que eso no te agote”. “Para nada, ese día fui el único que te pudo seguir el trote”.

—No estoy muy segura, pero abierta a que me convenzan, Claudio —dijo la alcaldesa—. Cualquiera cosa que sea distinta va a ser mejor a la estrategia que implementamos cuando enfrenté a Michelle Bachelet —lo pronunció con un acento francés.

Evelyn se había presentado, doce años antes, como candidata a presidenta de la República por casualidad, luego de la renuncia, primero de Laurence Golborne y a continuación de Pablo Longuei-

ra, ganador de las primarias del sector, quien se retiró, inesperadamente, en medio de una serie de rumores que apuntaban al estado de su salud mental. En ese entonces, la alcaldesa ocupaba el cargo de ministra y, cuando recibió la llamada del presidente de su partido para pedirle que asumiera el desafío, le dijo de inmediato que no contarán con ella.

—Pero tú eres la única persona que puede quitarle votos a Bachelet —dijo con poca convicción el diputado.

—*Pato*, lo que me quieres decir es que necesitas una mujer para quitarle votos a Bachelet —le respondió ella con ironía.

El presidente del partido guardó unos segundos de silencio, y luego continuó:

—...Contigo podemos dar la batalla, *Efi*.

—Tengo claro que es una elección perdida —dijo la ministra del Trabajo— y que no tengo... tenemos ninguna opción —añadió resignada.

—Ya sabes, nuestro sector quedará en deuda contigo —agregó satisfecho el presidente de la UDI—, y en política todo es cíclico.

Evelyn era una mujer resiliente. A comienzos de los años noventa, y cuando aún no cumplía cuarenta años, sufrió un golpe tan duro que pensó en abandonar para siempre la política. Todo comenzó cuando recibió un extraño llamado de un oficial de Ejército, que no se identificó, pero le dijo que tenía una información muy importante para ella. Matthei, desconfiada, le respondió que le agradecía el ofrecimiento, pero que en ese momento estaba ocupada. El capitán la interrumpió, intuyendo que ella cortaría la llamada.

—Señora Matthei, le van a hacer una encerrona este domingo en Megavisión —dijo con voz firme el joven oficial—. Creo que le interesará saber de qué se trata.

La diputada sintió un frío que le recorrió todo el cuerpo y llamó a su papá en cuanto cortó la comunicación. El general, que había

pasado a retiro un año antes después de estar doce años como miembro de la Junta de Gobierno, intentó tranquilizarla y le dijo que había sido correcto aceptar encontrarse con el oficial, pero que intentara retrasar la cita hasta la mañana del día siguiente.

—Pero es que me pidió que estuviera a las 17 horas en un café que está en Ñuñoa o, de lo contrario, yo no alcanzaría a analizar una cinta que me entregará.

Su padre, que conocía bien cómo operaban los servicios de inteligencia del Ejército, le respondió que en ese caso fuera acompañada por Jorge, pero que la esperara afuera y que él se encargaría de que hubiera gente de la FACH en el entorno.

—Llega puntual, hija —le dijo y colgó el teléfono.

Exactamente a la hora acordada, una Evelyn nerviosa ingresó a un pequeño café ubicado frente a una plaza. Había una sola mesa ocupada por un hombre de unos treinta y cinco o cuarenta años, de pelo corto y bigote, vestido informalmente. Él le hizo una pequeña seña, invitándola a sentarse.

—Buenas tardes, diputada, le ruego que me perdone por haberla citado de esta forma —dijo el hombre en voz baja y mirando a su alrededor—. Le voy a quitar solo un par de minutos. Esta cinta —dijo entregándole un sobre— contiene una grabación en que uno de los panelistas del programa al que usted irá el domingo recibe instrucciones de cómo tratarla y acorralarla —agregó mientras prendía un cigarrillo—. Creo que tiene derecho a conocer esa información.

Aunque Evelyn se desconcertó completamente por unos segundos, luego se repuso y le preguntó cómo la había conseguido.

—Eso no importa, lo importante es que usted ya tiene la cinta.

—Pero, por favor, al menos dígame quién está detrás de esto... —alcanzó a decir ella mientras el hombre se paraba para retirarse.

—Su antiguo jefe —dijo con ironía el oficial, y le ofreció la mano para despedirse—. Y por si acaso, diputada, dígales a los aviadores

que están en la camioneta azul de la esquina que está todo en orden. Mucho gusto, hasta luego.

Ella aún no podía salir de su asombro cuando su marido se le acercó, muy acelerado, y la tomó del brazo para abandonar el lugar y dirigirse al auto, estacionado a unos metros del café. Ella se subió en silencio, sacó el *cassette* y lo puso en la radio del auto.

—Por favor, Jorge, solo deja dado el contacto pero no partas, tenemos que escuchar esto —le dijo ansiosa.

La grabación era una interceptación telefónica al senador Sebastián Piñera, quien le pedía a un importante ejecutivo que contactara a uno de los panelistas del programa para que le hiciera preguntas que la proyectaran como una mujer débil, inestable, “cabra chica” y arrogante. “Que le pregunten del divorcio porque es ultraconservadora, y que quede en evidencia, igual que su padre, que cambia de opinión”.

Cuando la grabación terminó, el matrimonio se quedó por largos segundos en silencio, bajo la atenta mirada de los oficiales de Inteligencia del Ejército y la FACH, que estaban apostados en dos esquinas opuesta de la plaza.

—Es un maricón... —dijo de pronto ella, enrabiada—. Voy a desvelar su plan, Jorge, qué se cree este huevón.

—Debemos hacerle llegar la grabación a Ricardo, yo me encargo —respondió él encendiendo el motor, al mismo tiempo que las camionetas azul y blanca que estaban ocupadas ambas por cuatro sujetos.

Al día siguiente, el programa partió con la presencia del dueño del canal de televisión sentado en el set, ante las miradas desconcertadas de los panelistas y el conductor, Jaime Celedón. El hombre, un empresario poderoso y ligado a la derecha chilena, vestido con un terno muy formal de color azul, con un semblante serio y de circunstancia, dio inicio al programa señalando lo que había sucedido ese mismo día.

—Después de almuerzo, recibí a un señor que no conocía y me entregó esta cinta —dijo mientras tomaba una radio Kioto y ponía un *cassette* en el equipo coreano, una marca que en ese entonces era considerada de segunda categoría. De ahí que el episodio fue bautizado como el “kiotazo”.

Pese a que no participaba de la conversación interferida, el panelista aludido se puso pálido y miró al conductor como pidiendo una explicación. Celedón le devolvió la mirada levantando los hombros.

Aunque ese día murieron el programa —renunciaron todos los panelistas— y lo que los medios habían bautizado como la Patrulla Juvenil de la derecha —ya que sus integrantes rondaban los cuarenta años—, todos lograron sortear el bochornoso episodio sin mayores consecuencias, convirtiéndose en senadores. Lo sorprendente fue que el principal involucrado en el caso, Sebastián Piñera, saldría electo presidente de la República una década después, sin pagar ningún costo. Además, con los años, la alcaldesa logró dar vuelta la página, luego de que Sebastián reconociera que no había actuado bien en el episodio y le ofreciera apoyarla en sus futuras aventuras políticas.

—Tú me conoces, la pasión me pasa malas jugadas... —le dijo él el día que se juntaron a conversar una tarde de verano a orillas de un lago.

Sebastián llevaba varios meses intentando un acercamiento. Le había pedido a amigos en común que le hicieran un enlace, enviado todo tipo de mensajes, pero todos sus esfuerzos no habían tenido éxito. Hasta que el día de su cumpleaños Sebastián recibió un sorpresivo llamado de su exempleada y antigua ayudante de la Universidad. Él aprovechó la oportunidad y, sabiendo que ella viajaba regularmente al sur en verano, la invitó a pasar unos días en una de sus casas, en las cercanías de Futrono.

—...No me vengas con huevadas —lo interrumpió ella—. Los dos somos grandecitos y esto es política, así que cerrado el capítulo —agregó mientras caminaban con el volcán mirándolos de frente.

—Te quería pedir discul...

No alcanzó a terminar la frase cuando Evelyn hizo un gesto de silencio con su mano.

—Sebastián, te conozco demasiado, tú no pides disculpas porque no las sientes. Esto es sin llorar, como dice Andrés Allamand, claro que ya no soy una cabra chica y me sé defender muy bien —sentenció con una sonrisa, provocando que ambos se rieran.

Desde ese momento, volvieron a sellar un pacto implícito de apoyo mutuo.

Veinte y un años después, Evelyn se había vuelto a reinventar, también después de la elección presidencial en que sufrió una dura derrota frente a Michelle Bachelet. Incluso entre los suyos comentaban que nunca esperaron que la diferencia fuera tan grande. “Siempre pensé que la Evelyn le iba a dar más pelea”, comentó con algo de ironía, pero sin dramatismo, esa misma noche en el comando de la exministra uno de los diputados que había integrado el equipo de campaña. Cuando llegó a su casa, cerca de las 2:00 a.m., exhausta y pensando que el día siguiente partiría con Jorge y su hija Antonia a pasar dos semanas junto al lago Calafquén, su marido trató de levantarle el ánimo diciéndole que tenía mucho camino por delante y que de seguro pronto se le abriría una nueva oportunidad en la política.

—Sé lo mucho que te apasiona, amor.

Pero ella se quedó mirándolo y le respondió con toda naturalidad:

—No me interesa en lo más mínimo, Jorge, tengo la decisión tomada y la tengo bien meditada —dijo mientras agarraba su pijama de debajo de la almohada y se sacaba la ropa—. Voy a hacer clases.

—¿Cómo? —le respondió su marido sin salir de la sorpresa—. ¿Estás pensando en la Adolfo? —agregó.

—No, en una escuela primaria —le respondió mientras se acostaba—. Necesito ventilarme con todo esto.

—¿Estás hablando en serio?

—Más en serio que nunca, Jorge —dijo tomando control del equipo de música y sintonizando el “Himno de la alegría” de Friedrich Schiller en alemán.

—Voy a dar vuelta la página, por un buen tiempo no quiero saber nada de la política —añadió y empezó a cantar en voz alta, mientras su marido hacía *zapping* en el cable pasando de un canal a otro y sin detenerse en ninguno.

*...Rettung von Tirannenketten,
Großmut auch dem Bösewicht,
Hoffnung auf den Sterbebetten,
Gnade auf dem Hochgericht...!*

Una hora después, y poco antes de apagar la luz, mientras Jorge dormía profundamente, miró por última vez su teléfono y se sorprendió con un largo mensaje que le había mandado Michelle Bachelet. En este, le recordaba una anécdota de cuando ambas eran niñas y jugaban en una polvorienta plaza del complejo de la Aviación, ubicado a 26 kilómetros de Antofagasta. Sus casas estaban una enfrente de la otra, y sus padres, Fernando y Alberto, se pasaban largas horas sentados en la terraza de los Bachelet escuchando música clásica mientras conversaban de lo humano y lo divino. Ambos eran dos jóvenes oficiales de la Fuerza Aérea, y Michelle y Evelyn dos niñas inquietas que se disputaban por quién ponía las reglas del juego, pese a que jugaban solas. La mayoría de las veces, Michelle lograba imponerse, usando y abusando de tener seis años, es decir, dos más que Evelyn. Corría el año 1958, las dos familias habían logrado cultivar una genuina amistad. Las niñas nombraban de “tío Fernando” y “tío Beto” a los futuros pilotos, y los fines de semana las dos parejas solían turnarse las casas.

Querida Evelyn, de corazón lamento los momentos duros de la campaña, prefiero quedarme con las muñecas con que jugábamos al colegio en medio de ese paisaje

desértico en que fuimos felices, con el cariño que le tuve siempre al tío Fernando e incluso con lo que intentó hacer para sacar a mi papá de la cárcel, pese a estar en Londres y arriesgarse a correr la misma suerte. Esto ya se acabó. Te invito a que miremos hacia adelante.

Esbozó una leve sonrisa y apagó la luz. A su mente regresaron vagos recuerdos de esa etapa de su niñez, y no pudo dejar de evocar una gris tarde, unos años antes, cuando recibió una llamada que la desconcertó. Era Ángela Jeria, quien le planteaba —con un tono muy dubitativo— un descubrimiento: al tratar de vender una propiedad ubicada en la Avenida Américo Vespucio, Fernando Matthei, fallecido pocos años antes, figuraba en la escritura como el apoderado de Alberto Bachelet.

—Mijita, por lo que recuerdo, Alberto y Fernando una vez hablaron de cubrirse mutuamente cuando estaban destinados en países distintos, pero nunca él me lo informó. Imagina la amistad que tenían de jóvenes —dijo Ángela ante el desconcierto y silencio de la entonces senadora—. Imagínate cómo sufrió Alberto cuando estuvo preso por sus propios camaradas —remató la madre de la recién electa presidenta sin disimular el dolor que le seguía causando ese momento, y que incluso les significó a ella y su hija estar prisioneras en el peor de los centros de tortura de la dictadura, la Villa Grimaldi.

Evelyn se levantó una mañana con la convicción de que había llegado su oportunidad. Su segunda oportunidad. No tenía claro qué había cambiado desde el día anterior, pero sintió que ya estaba preparada para dar el paso. Aunque después de su fallida aventura presidencial pensó que había encontrado el mejor lugar para ejercer la política, como alcaldesa de Providencia, nunca abandonó la idea de volver a competir por llegar a La Moneda. Aunque solía decir en sus círculos más cercanos que no estaba en sus planes, en el fondo pensaba que, más temprano que tarde, esa opción se abriría para

ella. Más que un deseo de conquistar el poder, algo que le gustaba y acomodaba, lo sentía como una revancha. “Creo que fui algo ingenua la vez anterior, aunque sé que no había muchas opciones, sentí que me tiraron a los leones porque no estaban dispuestos a quemar a un hombre”, confesó en una comida a un conocido.

Atrás había quedado la época en que la diputada era una de las siete mujeres en el primer Congreso —de ciento veinte parlamentarios— después de la vuelta a la democracia. Esto la había obligado a asumir una postura dura y agresiva para poder validarse.

—Si estos no me tienen miedo me van a pasar por encima una y otra vez —le dijo a Jorge cuando este, complicado, le señaló que en el mundo político se comentaba la forma en que encaraba a sus rivales en la Cámara, pero también a los de su sector—. Sabes mejor que nadie que soy explosiva —argumentó sintiéndose algo intimidada por su marido—. No soporto que me *mijineen* o me traten de la niña tonta.

Evelyn se hizo conocida a comienzos de los noventa por la forma que se irritaba en las discusiones, el mal genio y escasa capacidad de controlar su furia. Le gritaba a moros y cristianos sin distinción, o abandonaba la sala plenaria cuando tenía una diferencia muy profunda con alguien. En su sector la bautizaron como la Dama de Hierro, algo que le gustó en un comienzo, pero que luego comenzó a irritarla profundamente. Le costaba escuchar y mantenía una actitud defensiva a nivel corporal, la que la gente decodificaba como una expresión de su herencia germana.

Sin embargo, cuando llegaba a su casa, generalmente cerca de la hora de la cena, servida puntualmente a las 21:00, pedía que le hablaran bajo porque le molestaban los ruidos. Varias veces a la semana se sentaba a cenar en la sala principal que daba al jardín, particularmente a sus plantas y flores, y tocaba piano por más de una hora.

Pero con el paso de los años, Evelyn fue aprendiendo a manejar sus momentos de ira. “Cuando estoy furiosa me retraigo, racionalizo y trato de deshacerme del veneno”, comentó *off the record* una vez a un periodista. Esta segunda oportunidad, de convertirse en presidenta, se transformaba en una obsesión. Así y todo, su relato era

que no estaba en sus planes, pese a que a veces incluso se desvelaba imaginando que aparecía en el balcón de La Moneda y era aclamada por una Plaza de la Constitución repleta de gente.

Se sentía más madura, más ponderada e incluso estaba convencida de que tenía otro sentido del humor. Aunque seguía siendo una mujer apasionada, se irritaba menos y era capaz de quedarse callada, incluso frente a la gente que la criticaba. Había descubierto que estaba más abierta a disfrutar y gozar de cosas a las que antes ni siquiera era capaz de dedicarles tiempo, como almorzar. Varias veces se había sorprendido buscando en Internet un restaurant de mariscos para ir a comer erizos y ostras acompañado de pan tostado con mantequilla y vino blanco, un día cualquiera de la semana. Había dejado también atrás las culpas, como esa que la torturó por años: haberse perdido tiempo valioso de sus hijos cuando estaban pequeños para cumplir con su rol político. Sentía que los estaba gozando de grandes, en una relación más horizontal, convenciéndose de que en las relaciones también se podía recuperar algo del tiempo perdido.

Evelyn sentía que estaba en su mejor momento. A punto de cumplir setenta años, encumbrada en las encuestas, traspasando la línea del elector de derecha, estaba entregada a la idea de que la vida la había sometido a prueba precisamente para darle señales que marcaran puntos de inflexión y la hicieran crecer más como persona. Cuando se acordaba del Piñeragate sentía que se ruborizaba, aunque estuviera sola. Se reía pensando en la candidez con que había aceptado enfrentar a Bachelet, quien tenía ganada la carrera mucho antes de competir.

Un poco antes de las 15:00 horas, entró al *Le Flouber* ante la mirada atenta y poco disimulada de las personas que repletaban el restaurant a esa hora. Al fondo, una mesa ocupada por cuatro personas la esperaba. Aunque la reunión-almuerzo estaba fijada para las 14:30, se había quedado analizando en detalle distintas

encuestas que, pese a que se las habían enviado con un resumen ejecutivo, revisó cuadro por cuadro, llenando de notas el cuaderno que la acompañaba siempre.

Luego de pedir la ensalada de siempre, sin alcachofas, y adelantándose el joven camarero ante su sonrisa. Evelyn tomó la palabra:

—Mil disculpas por la demora. Les propongo que Javiera nos dé su reporte de las encuestas, incluida las dos que nos llegaron hoy. Luego, quiero que Claudio nos presente el diseño de la estrategia de comunicaciones...

No alcanzó a terminar la frase cuando el último aludido la interrumpió:

—Perdona, Evelyn, pero creo deberíamos partir analizando las declaraciones de Kast —señaló el periodista.

—¿Qué declaraciones? —respondió ella desconcertada.

Le informaron: José Antonio Kast, el candidato republicano al que Evelyn había dado alcance y sobrepasado en las encuestas un par de semanas antes, detonando la decisión de la alcaldesa de asumir la carrera presidencial, acababa de anunciar que llamaba a votar “A favor” en el plebiscito que cerraría el segundo proceso constitucional en menos de tres años. Argumentaba que él sí estaba dispuesto a “hipotecar su capital político”, en una directa e irónica alusión a Matthei, quien unos días antes había advertido que el texto que estaba saliendo del Consejo Constituyente se parecía más al programa de Gobierno de los republicanos que a una Constitución. “Si esto no cambia, yo no estoy dispuesta a hipotecar mi capital político”, había sentenciado.

—¿Me pasas el aceite, Javi? —dijo la alcaldesa, como si no le hubiera dado importancia a lo que le acababan de informar.

—Creo que vamos a tener que responder pronto —dijo el periodista, preocupado—. Kast jugó audaz y nos traspasó la presión.

—Perdónenme, pero no veo el problema —señaló Evelyn mientras aliñaba su ensalada—. Si él quiere correr ese riesgo, es su problema, incluso creo que nos conviene.

—¿Nos conviene? —preguntó extrañado Claudio—. Pero vas a recibir una presión fuerte de tu partido y de Chile Vamos, no se puede eludir que te emplacen.

—Yo no me voy a dejar presionar —argumentó la exsenadora—. Pasemos al análisis de las encuestas, tengo muchos comentarios e ideas, las revisé todas. —Hizo un gesto duro y dio por cerrado el tema, ante las miradas de incredulidad de su equipo.

—¿Cómo estás tú?

—Muy bien, Javier, ¿y tú? —respondió la alcaldesa a la pregunta que le había hecho por teléfono el presidente de su partido. Estaba plantando unas orejas de oso en su jardín y, como tenía los guantes puestos, puso el altavoz para escuchar mejor.

—Bien, ¿estás ya en tu casa? —preguntó el joven senador.

—Sí, jardineando, no sabes lo que me relaja —dijo ella mientras se sacaba uno de los guantes.

—*Gringa*, necesitamos juntarnos contigo lo antes posible, ¿puedes mañana después de las 19:00?

Evelyn intuyó de inmediato que Macaya quería hablarle del respaldo al texto constituyente hecho por JAK esa misma tarde, y de la necesidad de que ella también se pronunciara a favor.

—Perdona, Javier, ¿con quiénes? —le contrapreguntó con ironía, porque era evidente que se refería a la directiva del partido.

Él titubeó unos segundos y, sin responder la pregunta, agregó si no tenía problemas en ir a la sede de la UDI o prefería otro lugar.

—Prefiero en mi casa a las 20:00 —dijo secamente—. Ahora me vas a perdonar, *Javierito*, pero estoy terminando de plantar unas preciosuras de temporada y se me va a ir la luz. Cariños.

Esa noche, a Evelyn le costó dormirse. Recordó el día en que paró en seco a un senador de su partido cuando la trató de “niñita”. Recordó la radio Kioto, a Piñera diciendo “pero la gracia es que trate elegantemente de dejarla como una cabrita chica, ¿cier-

to?, despistada, que está dando palos de ciego”. Sintió de nuevo la rabia de la discriminación, de los comentarios que años después se entenderían como acoso. Se acordó de la llamada de Melero diez años antes. Respiró profundo e intentó que su mente le trajera de vuelta las imágenes de la niñez, esas que la transportaban a los asados al palo en Trufán, al pastel de choclo que hacía su mamá, a los juegos en la plaza, a los olores del sur. Pero no pudo.

Solo dos semanas antes del plebiscito, que echaría por tierra por segunda vez la posibilidad de cambiar la Constitución en democracia, Evelyn recibió nuevamente el llamado de Macaya. Comprendió de inmediato que sería para presionarla con el fin de que se involucrara más activamente en la recta final de la campaña, por lo que recién le respondió la segunda vez que el senador de la UDI insistió.

La alcaldesa señaló, unos días antes, que no tenía tiempo para aparecer en la franja televisiva, lo que había causado indignación no solo entre los republicanos, sino también en Chile Vamos.

—Si ella no está dispuesta a jugarse por el “A favor”, le vamos a quitar cualquier apoyo en primera y segunda vuelta... —le dijo el presidente del Partido Republicano a Javier Macaya con un tono seco.

—¿Me estás amenazando? —contraatacó el senador.

—Por favor, Javier, de ninguna manera —respondió el republicano—. Solo te quiero advertir que nuestra gente *no apoyará* a alguien que primero lanza una bomba, luego se da una vuelta de carnero y finalmente se esconde para salir después diciendo que el texto es fantástico.

—Pero te doy vuelta tu argumento —respondió Macaya—. Como sector nos mostramos más diversos, más pluralistas e incluso nos abre al centro político. Lo importante es que alguien sea el próximo presidente.

—Basura —lo interrumpió el presidente de la colectividad sin esconder su incomodidad. Apenas colgó, comenzó a llamar a la alcaldesa insistentemente.

La noche en que el “En contra” se impuso por más de once puntos, Evelyn se acostó cerca de las dos de la mañana. Pese al resultado, estaba tranquila, más bien contenta. Se había involucrado en la etapa final de la campaña a desgana, participando en algunos programas de TV en que tuvo que defender un proyecto que no solo no le gustaba, sino que además le generaba inquietud porque estaba convencida de que una Constitución debía contar con un respaldo significativo de la población para que tuviera validez.

Pero sabía que pese a su conducta contradictoria y las presiones que recibió de su propio partido, había ganado la batalla. Era consciente también de que, con el resultado, José Antonio Kast caería en las encuestas porque su apuesta de jugar todas las cartas en el plebiscito devaluaría de inmediato sus aspiraciones presidenciales, por tanto, se le abría una oportunidad enorme para liderar el sector. También: que no la tendría fácil y que entre los suyos ser mujer era una desventaja enorme, y que con el paso de los meses buscarían ponerle competencia, y que no solo tendría que defenderse como gato de espalda, sino que buscaría abrirse hacia el centro político para dar viabilidad a sus propias aspiraciones.

Con todo esto estaba tranquila. Al día siguiente se iniciaría una nueva etapa en que pondría todas sus energías para llegar a La Moneda. Cuando Jorge le pidió que apagara la luz, Evelyn aún revisaba los sitios de noticias que daban cuenta desde distintos ángulos de los resultados del plebiscito.

—Tengo que pensar una estrategia para posicionarme en el centro —señaló ella en voz alta mientras se sacaba los lentes y por fin apretaba el interruptor—. Debo buscar el momento de renunciar —agregó.

—¿Renunciar a qué?

—A la UDI —respondió ella mientras acomodaba la almohada para intentar dormirse.